



José Agustín Goytisolo

Escritor.

El ruido

El nuestro siempre ha sido un país ruidoso. En los pequeños pueblos, en las villas, en las ciudades, el tremendo ruido callejero de menestrales y mercaderes, estudiantes y modistillas, vecinas y charlatanes era motivo de largos comentarios en los periódicos, y en la literatura. Con el tiempo, la ruidosa cuestión se ha convertido en un infierno. El hablar alto a horas intempestivas, las broncas entre pandillas, las máquinas, las televisiones y radios y, sobre todo, la circulación y las sirenas, nos tienen poco menos que asediados. Hace años, cabía la solución de refugiarse en algún café a leer un periódico o a escribir algún apunte. Pero este recurso es hoy casi imposible: muchos locales ponen eso que se llama *música ambiental* a gran volumen; esto, unido a la elevación de las voces de los parroquianos y camareros, nos saca de quicio.

El ruido es necesario, agradable, acompaña; pero la música estridente y los ruidos estentóreos y continuados son malos para la salud e impiden el crecimiento de los niños y de las plantas. Últimamente se están rompiendo muchos aparatos de medir decibelios. No me extraña. Somos millones los que no podemos refugiarnos ni en un pueblo, y a los que el ruido nos impide algo muy importante: pensar, hablar, dormir.